

MADRE MARIANA

De Tepic a Madrid

Mariana Allsopp nació en Tepic (Méjico) el 24 de noviembre de 1854. Era la segunda de cinco hermanos. Su padre era diplomático inglés y su madre pertenecía a una familia de la nobleza española. Al fallecer su madre, cuando Mariana tenía solo diez años, el padre decidió enviar a los cinco hijos a España, al cuidado de su abuela materna.

Recibió una educación cuidada y exigente, y vivió un profundo proceso de inculcación. Aquella experiencia abrió su mente y su corazón hasta llevarla a una convicción que marcaría toda su vida: en el fondo, no existen fronteras insalvables entre los seres humanos. Las diferencias sociales, culturales o de origen no pueden justificar la exclusión ni la desigualdad.

Entre dos caminos irreversibles

En su juventud, Mariana era alegre, espontánea y comprometida. Participaba con naturalidad en la vida social madrileña, pero al mismo tiempo dedicaba tiempo y energías al apostolado con mujeres emigrantes, muchas de ellas muy jóvenes y en situaciones frágiles.

Mientras su familia proyectaba para ella un futuro brillante, acorde con su posición social, Mariana comenzó a experimentar un vacío interior cada vez más profundo. Las fiestas y los ambientes que antes la atraían dejaron de darle sentido. En su interior fue creciendo una pregunta decisiva, que marcaría un punto de no retorno en su vida: ¿A quién quiero pertenecer?

Un encuentro decisivo

En 1882 conoció al joven sacerdote Francisco Méndez. Con él compartió sus inquietudes, su experiencia con mujeres en situación de vulnerabilidad, su insatisfacción interior y su búsqueda de sentido. Don Francisco le habló entonces de la inspiración que había recibido: acoger a las jóvenes que llegaban a Madrid buscando trabajo o promoción y terminaban solas, sin apoyo ni futuro, en la calle, en la cárcel o en el hospital.

Al escucharlo, Mariana sintió que algo se encendía en su interior. En un instante comprendió con claridad que ese era su camino. Sin dudarlo, respondió con determinación: «Yo tomaré parte en esa fundación».

Del paseo del Obelisco a la cuesta de Areneros

El 2 de febrero de 1885 comienza una nueva etapa. Desde ese momento, Mariana aparece inseparable de las primeras Hermanas Trinitarias. Inician la acogida de jóvenes en una casa alquilada en la calle del Obelisco. Los comienzos fueron difíciles, pero profundamente apasionantes. La audacia de una acogida sin condiciones no dejaba indiferente a nadie.

La obra creció rápidamente y el número de jóvenes acogidas aumentó, lo que hizo necesario trasladarse a una casa más grande. En la casa de la Cuesta de Areneros la obra echó raíces. Desde allí comenzaron a abrirse nuevas casas en ciudades como Santander, Barcelona o Sevilla. En todas se mantenía el mismo espíritu, la misma pedagogía y el mismo objetivo: ofrecer a la mujer una nueva oportunidad y un futuro de esperanza.

Un futuro de esperanza

Mariana lideró personalmente las nuevas fundaciones. Fue una mujer de fe profunda y sólida, probada en la vida cotidiana y en las dificultades reales. No destacó por grandes discursos místicos, sino por una presencia constante, decisiones prácticas y un amor fiel sostenido en el tiempo.

Supo encarnar el carisma trinitario con radicalidad y conducir una obra al servicio de la mujer de manera sorprendentemente moderna y audaz. Fue una mujer capaz de mirar lejos y de diseñar, con realismo y esperanza, un futuro nuevo para muchas.

Su lema expresaba con claridad la confianza sin límites que tenía en las posibilidades de estas jóvenes mujeres: «No importa lo que han sido, sino lo que pueden llegar a ser».

Mujer consagrada y liderazgo femenino

Mucho antes de que se hablara de ello, Madre Mariana ejerció un liderazgo femenino evangélico, fuerte y transformador. En una época en la que la mujer apenas tenía reconocimiento público, asumió responsabilidades de gran peso. Como mujer consagrada, comprendió bien el carácter contracultural del nuevo estilo de vida, y la necesidad de una formación sólida para vivirlo con coherencia.

Su liderazgo no fue autoritario ni basado en discursos, sino discreto, estructural y constante. Lideró desde la fidelidad diaria, la permanencia y la capacidad de sostener cuando otros flaqueaban.

Liberación de la mujer

Su consagración no la alejó del mundo, sino que la situó en el corazón de las realidades más duras, especialmente las de las mujeres jóvenes pobres, explotadas y sin protección. Mariana tenía claro que la vida religiosa no podía limitarse a una piedad intimista: debía ser una respuesta concreta a la injusticia.

Fue una auténtica pionera en la liberación de la mujer, aunque nunca utilizó ese lenguaje. Lo fue a través de los hechos, no de consignas. La obra que lideró ofrecía algo profundamente innovador para su tiempo: acogida sin condiciones, protección frente a la explotación, formación humana y profesional, y una posibilidad real de construir un futuro digno.

Redención y libertad

Con gran lucidez, supo comprender el sufrimiento de la mujer y creó espacios donde pudieran rehacerse, no como objetos de compasión, sino como protagonistas de su propia historia. Mariana entendió que no bastaba con rescatar del peligro: era necesario devolver dignidad, autoestima y capacidad de decisión.

La liberación que promovía no era solo moral; era educativa, laboral y espiritual. Sabía que, para que las jóvenes llegaran a ser verdaderamente dueñas de su vida, necesitaban recorrer un camino integral de liberación. Y fueron muchísimas las que lo lograron.

Fiel al Evangelio

Madre Mariana no se adelantó a su tiempo por rebeldía, sino por una profunda fidelidad al Evangelio. Esa fidelidad la llevó, inevitablemente, a romper moldes. En momentos de cansancio o duda, cuando las fuerzas flaqueaban o el futuro parecía incierto, encontraba un espejo en el que mirarse: Jesús.

Lo veía junto a la samaritana, a quien pide agua y devuelve dignidad. Lo reconocía en su actitud ante la mujer sorprendida en adulterio, cuando se inclina para ponerse a su altura e invitarla a levantarse. Desde ahí encontraba fuerza para seguir adelante.

En los momentos de crisis, cuando el proyecto parecía demasiado pesado o las dificultades se multiplicaban, nunca se dejó vencer por el desaliento. Perseveró con firmeza y no renunció jamás al ideal que había dado sentido a toda su vida.